Red Mundial de Oración del Papa

POR EL CUIDADO DEL Agua



El acceso al agua potable, el saneamiento y la higiene representan la necesidad humana más básica para cuidar la salud y el bienestar. Miles de millones de personas no tendrán acceso a estos servicios en 2030 a menos que se cuadrupliquen los avances

BOLETÍN No. 78 **SEPTIEMBRE 2026**

ÍNDICE

EDITORIAL 3

INTENCIONES DE ORACIÓN DEL SANTO PADRE, SEPTIEMBRE 2026
"POR EL CUIDADO DEL AGUA" 6

¿QUÉ SE ENTIENDE REALMENTE POR CRISIS?, ***Leonardo Boff*** 8

RECONSTRUIRNOS DESDE LA FE Y LA SOLIDARIDAD,
HOMILÍA DEL ***P. Alfredo Infante S.J.*** 13

POEMA: ENTONCES, ¿QUÉ HACEMOS?, ***J. R. M.O*** 18

«EL QUE TIENE A DIOS EN SU CORAZÓN,
DESBORDA DE ALEGRÍA…», ***Vivian Forero*** 19

LA ORACIÓN DEL P. ALFREDO INFANTE, S.J.
EN TIEMPOS DE DOLOR Y RECONSTRUCCIÓN 23

REFLEXIÓN / CONTACTOS 25

ÁLVARO LACASTA S.J.
Director Nacional de la Red Mundial de la Oración del Papa. VENEZUELA

EDITORIAL

La Intención de Oración del Santo Padre para el mes de septiembre nos invita a orar *«por una gestión justa y sostenible del agua, recurso vital, para que todos tengan acceso equitativo a ella»*. Esta petición nos recuerda algo que muchos damos por sentado: el agua es indispensable para la vida, la salud y la dignidad de toda persona, no un lujo reservado a unos pocos.

Aunque para muchos abrir un grifo y obtener agua sea algo cotidiano, millones de personas viven diariamente la angustia de no disponer de agua potable para beber, cocinar, asearse, lavar su ropa o mantener limpio su hogar. En 2022, unos 2.200 millones de personas todavía carecían de servicios de agua potable gestionados de forma segura. Esta realidad nos exige mirar más allá de nuestras propias necesidades y reconocer el sufrimiento de quienes deben recorrer largas distancias o utilizar fuentes contaminadas para conseguir el agua indispensable.

El agua está relacionada con todos los aspectos de la vida humana. De ella dependen la salud, la alimentación, la higiene, la educación, el trabajo y la convivencia pacífica. Cuando falta, aumentan las enfermedades, la pobreza y la inseguridad; cuando

se administra de manera justa, se abren oportunidades para que las familias y las comunidades puedan vivir con mayor dignidad. El acceso al agua potable es reconocido internacionalmente como un derecho humano, pues todas las personas deben contar con agua suficiente, segura, accesible y asequible para sus necesidades personales y domésticas.

Esta intención de oración también nos llama a revisar nuestra propia manera de utilizar este recurso. Quienes tenemos acceso al agua debemos evitar el desperdicio y asumir hábitos responsables: cerrar los grifos cuando no sean necesarios, reparar las fugas, utilizar solo la cantidad indispensable y procurar que las labores domésticas se realicen con el mayor ahorro posible. Cuidar el agua tiene que ver con el futuro, sí, pero sobre todo con respetar hoy la vida de nuestros hermanos y hermanas.

Sin embargo, la responsabilidad no recae solamente en las personas. Las autoridades nacionales, regionales y municipales tienen el deber de impulsar inversiones en acueductos, sistemas de distribución, plantas de tratamiento y servicios de saneamiento. Deben proteger, además, los ríos, quebradas, bosques y demás ecosistemas que permiten conservar las fuentes de agua. La gestión de este recurso debe buscar el bien común y garantizar que ninguna comunidad sea olvidada.

La educación cumple aquí un papel decisivo. Desde la escuela, los niños y jóvenes pueden aprender que cada gota cuenta y que el cuidado del agua está estrechamente unido a la protección del ambiente. Hace falta comprender, además, la relación entre la escasez de agua y el cambio climático, cuyas consecuencias pueden agravar las dificultades de numerosas poblaciones.

Como creyentes, estamos llamados a convertir la oración en compromiso. Podemos pedir a Dios por quienes sufren la falta de agua, pero también podemos colaborar con iniciativas comunitarias, apoyar proyectos responsables y promover una cultura de cuidado, solidaridad y respeto por la creación. La fe nos enseña a recibir la naturaleza con gratitud, como un don, y a entregarla protegida a las futuras generaciones, no a tratarla como una propiedad que se explota sin límites.

Que durante este mes nuestra oración despierte una conciencia nueva. Que aprendamos a valorar el agua, a usarla con responsabilidad y a defender el derecho de todos a disponer de ella. Pidamos al Señor que ilumine a quienes toman decisiones y mueva nuestros corazones para que, mediante pequeñas acciones y esfuerzos compartidos, contribuyamos a reducir la escasez y a cuidar la casa común.

P. Fco. Javier Duplá, S.J





Oremos por una gestión justa y sostenible del agua, recurso vital, para que todos tengan acceso equitativo a ella.

Comentario Pastoral

El acceso al agua potable, el saneamiento y la higiene representan la necesidad humana más básica para el cuidado de la salud y el bienestar. Miles de millones de personas no tendrán acceso a estos servicios básicos en 2030 a menos que se cuadrupliquen los avances. El rápido crecimiento de la población, la urbanización y las crecientes necesidades en materia de agua de los sectores agrícola, industrial y energético están provocando un aumento de la demanda de agua.

La demanda de agua ha superado el crecimiento demográfico y la mitad de la población mundial actualmente sufre una escasez de agua grave durante al menos un mes al año. Se prevé que la escasez de agua aumente con el incremento de las temperaturas globales, pro-

vocado a su vez por el cambio climático.

Entre las medidas necesarias para garantizar el acceso universal al agua potable segura y asequible de aquí a 2030 se encuentran las inversiones en infraestructuras e instalaciones de saneamiento, la protección y el restablecimiento de los ecosistemas relacionados con el agua, así como la educación en materia de higiene. Además, la mejora del uso eficiente de los recursos hídricos es una de las claves para reducir el estrés hídrico.

Se ha producido una evolución positiva. Entre los años 2015 y 2022, la proporción de la población mundial con acceso a servicios de agua potable gestionados de manera segura aumentó del 69 % al 73 %." (Wikipedia).

"El agua es esencial no solo para la salud, sino también para reducir la pobreza, y garantizar la seguridad alimentaria, la paz, los derechos humanos, los ecosistemas y la educación."

No son muchas las personas provistas de agua potable que caigan en la cuenta de lo que pasan los que no la tienen para apagar la sed, cocinar, eliminar residuos tóxicos, limpiarse y limpiar la casa, lavar la ropa, etc. Los que sí tenemos acceso al agua debemos aumentar la conciencia de su buen uso, lo cual incluye no dejar grifos abiertos, lavar ropa y utensilios domésticos tratando de ahorrar líquido.

Invertir en infraestructuras que canalicen el agua y la distribuyan, es un deber de los gobiernos nacional, estadal y local. La educación escolar puede contribuir mucho para que el niño y el joven adquieran conciencia de la importancia de este tema, que les va a afectar en pocos años si no se pone remedio. Como el tema está tan relacionado con el cambio climático, también deben ser educador en este último problema.

Quiera Dios que todos colaboremos con nuestra oración y con tantas acciones posibles, para que la escasez de agua y el cambio climático se reduzcan y no amenacen la pervivencia del hombre sobre la Tierra.

P. Fco. Javier Duplá S.J.



¿QUÉ SE ENTIENDE REALMENTE POR CRISIS?

Actualmente parece que todo está en crisis: el orden del capital, la economía, la política, las ciencias, las éticas, los valores, las religiones. En una palabra, nos enfrentamos a una crisis de civilización, es decir, de nuestra forma de estar en el mundo, de cómo organizamos la sociedad y establecemos los valores y las leyes que nos rigen. No existe ningún ámbito que permanezca al margen de esta crisis, especialmente en lo que concierne al futuro.

Ella puede representar una *tragedia* cuyo desenlace sea destructivo, como en el teatro griego, o un *drama* cuyo final pueda ser bienaventurado, como en la liturgia cristiana, que celebra la Pascua de la resurrección después del Viernes Santo de la pasión.

La humanidad se encuentra ante esta decisión: o continúa como hasta ahora, con el riesgo de encaminarse hacia una *tragedia* civilizatoria, o abre un nuevo camino, marcado ciertamente por un *drama*, pero que promete un futuro mejor.

La Carta de la Tierra, uno de los principales documentos de las Naciones Unidas que reflexiona sobre el futuro del planeta, afirma:

«Las bases de la seguridad mundial están amenazadas; estas tendencias son peligrosas, pero no inevitables. La elección es nuestra: o formamos una alianza mundial para cuidar la Tierra y cuidarnos unos a otros, o nos arriesgamos a destruirnos a nosotros mismos y a destruir la diversidad de la vida» (preámbulo). He aquí la crisis radical a la que nos enfrentamos.

Expliquemos, en primer lugar, qué entendemos por crisis. La mayoría recurre al ideograma chino de la crisis: entendido como *riesgo y oportunidad*, lo que considero una interpretación iluminadora. Sin embargo, prefiero la rica significación de la palabra «crisis» en sánscrito, por ser la matriz de nuestra lengua y por resonar en otras palabras derivadas de ella.

En sánscrito, «crisis» proviene de *kir* o *kri*, que significa purificar y limpiar. De *kri* deriva *crisol*, el recipiente donde se depura el oro separándolo de las impurezas. En un lenguaje más refinado, *acrisolar* también significa decantar.

Una enfermedad grave produce una profunda crisis en quien la padece. Al salir de ella, la persona reevalúa el sentido de la vida y redescubre el valor de las cosas más cotidianas. En este sentido, la crisis significa un proceso crítico de depuración de todo aquello que no es esencial. Lo accidental sigue siendo accidental.

Abordemos ahora la naturaleza de la crisis. Quien primero profundizó en la relación entre crisis y angustia fue Søren Kierkegaard (1813-1855), considerado uno de los fundadores del existencialismo. Filósofo y teólogo, escribió *El concepto de la angustia* (Vozes, 2010) y también *La crisis y una crisis en la vida de una actriz*. Para él, la vida es un proceso permanente de angustias y crisis, así como de superación de esas angustias y crisis.

Otro pensador fundamental fue el filósofo español José Ortega y Gasset (1883-1955), conocido por la célebre frase: «Yo soy yo y mi circunstancia». En 1942 escribió un ensayo, publicado posteriormente con el título *En torno a Galileo: esquemas de las crisis históricas* (Vozes, 1989). En él mostró que la historia, debido a sus rupturas y recomienzos, posee la estructura misma de la crisis.

Según Ortega y Gasset, esta obedece a la siguiente lógica: (1) El orden dominante deja de ofrecer un sentido evidente. (2) Surge la percepción de que un muro se levanta frente a nosotros; por ello reinan la duda, el escepticismo y una crítica generalizada. (3) Se hace urgente una decisión capaz de crear nuevas certezas y un nuevo sentido. Pero ¿cómo decidir cuando no se ve con claridad? Sin embargo, sin decisión no habrá salida de la crisis. (4) Una vez tomada la decisión, aun con riesgos, se abre un nuevo camino y un nuevo espacio para la libertad. La crisis ha sido superada y puede comenzar un nuevo orden.



Este nuevo orden se traducirá en un curso diferente de los acontecimientos. Más adelante, siguiendo la lógica propia de la crisis, también entrará en crisis. Y permitirá, tras un proceso crítico de depuración y purificación, la emergencia de un nuevo orden. Así se estructura, sucesivamente, la historia humana.

La crisis posee también una dimensión personal, especialmente la gran crisis representada por la muerte. Revela igualmente una dimensión cósmica: el fin del universo. A mi juicio, este no culminará en una muerte térmica y en un vacío absoluto, sino en una explosión e implosión hacia el interior de la Realidad Suprema.

Sin embargo, todo proceso de purificación implica cortes y rupturas. De ahí la necesidad de la *de-cisión*. La de-cisión produce una *escisión* con lo anterior e inaugura lo nuevo. Recuperemos, pues, el sentido griego de la palabra crisis.

En griego, *krísis* significa el proceso de decisión adoptado por un juez o por un médico. El juez sopesa los argumentos a favor y en contra; el médico articula los diversos síntomas de una enfermedad. Sobre la base de ese proceso, ambos toman una: para el tipo de sentencia que debe dictarse o el tipo de enfermedad que debe tratarse. Ese proceso de decisión recibe el nombre de *crisis*. Una vez encontrada la solución, la crisis desaparece.

El Evangelio de san Juan utiliza treinta veces la palabra «crisis» en el sentido de decisión. La mayoría de los traductores, poco sensibles a la riqueza del término griego *krísis*, la traducen simplemente como «juicio». Sin embargo, el hecho es que Jesús apareció como «la crisis del mundo» (*krisis tou kosmou*), porque obligaba a las personas a decidirse a favor o en contra de su mensaje y de su persona.

De este modo, se preservan sutilmente los privilegios de las élites del atraso y, una vez más, las grandes mayorías son condenadas a permanecer en la miseria o en la marginalidad.

La crisis del capitalismo es evidente, se pasó de una sociedad con mercado a una sociedad de *mercado*

La crisis del capitalismo es evidente. Como mostró Carl Polanyi en *La gran transformación* (Campus, 2000), se pasó de una sociedad con mercado a una sociedad de *mercado*. Todo se convierte en mercancía, incluso los órganos humanos, algo que Marx ya había previsto en 1847 al hablar de «la época de la corrupción general y de la venalidad universal» (*La miseria de la filosofía*). Hoy

predomina el capital especulativo, que no produce ni siquiera un clavo, sino únicamente dinero y más dinero. Con toda seguridad terminará desembocando en una crisis de enormes proporciones que afectará cruelmente a millones de pobres.

Platón expresó acertadamente, en medio de la crisis de la cultura griega: «Las grandes cosas solo suceden en el caos, en la krisis.» Con la de-cisión, el caos y la crisis desaparecerán y podrá nacer un nuevo orden. Con estas palabras concluía también Martin Heidegger —quien durante un tiempo adhirió al nazismo— su lección inaugural como rector de la Universidad de Friburgo, en Alemania.

Ojalá que de esta crisis planetaria surja un nuevo ensayo civilizatorio que sea más integrador, más humanitario, más espiritual y más cuidadoso. De lo contrario…





Homilía del P. Alfredo Infante, S.J:

RECONSTRUIRNOS DESDE LA FE Y LA SOLIDARIDAD

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

Nos reunimos hoy con nuestros corazones cargados de preguntas, dudas, dolores, indignación, solidaridad y esperanza ante lo vivido. A un mes exacto del doble sismo —ese fenómeno natural que en nuestro país se transformó en una tragedia humanitaria— que arrebató la vida a miles de hermanos nuestros y empobreció aún más a una nación que venía ya de herida en herida, de conflicto en conflicto—, aquí estamos, dispuestos a resurgir con nuestras heridas abiertas, expuestas y doliendo. Confiamos en que, por la gracia del amor de Dios, la solidaridad de los hombres y mujeres de buena voluntad, y la calidad de la tierra de nuestros corazones, nos reconstruiremos y resurgiremos en medio de tanta adversidad.

Elevamos nuestras oraciones por los familiares de las víctimas de esta inmensa tragedia. No hay dolor humano comparable a la pérdida de un ser querido, al silencio repentino en el hogar o a la angustia de las horas de búsqueda. Es el clamor de un pueblo golpeado que, contemplando los escombros y con más de 5.300 fallecidos confirmados, más de 16.000 heridos, casi 18.000 damnificados y alrededor de 50.000 desaparecidos, levanta la voz impotente, esperando el au-

xilio y la sabiduría para afrontar este ingente desafío que nos convoca: resurgir renovados de las cenizas.

Como pueblo creyente, nos acompaña la certeza del misterio de la compasión; esa convicción de fe, existencial e histórica, de que el dolor compartido desde el amor es una fuerza consoladora y creadora incontenible, sostenida por la fuerza de Dios. Por eso, hoy queremos celebrar toda la solidaridad samaritana desplegada al servicio de la vida, desde el gesto más pequeño hasta el más visible, así como también todos los esfuerzos nacionales e internacionales para rescatar vidas. Ahora, en esta nueva fase, asumimos el desafío de largo aliento de reconstruir la nación y reconstruirnos como pueblo.

El profeta Jeremías habla a un pueblo que ha padecido, como nosotros, muchas desgracias históricas, que ha sufrido las injusticias y el abuso del poder; ante ese contexto, les anuncia que Dios les ama, que es fiel y que les acompaña: «Vuelvan… «Porque yo soy su esposo»» (Jr 3, 4). Y esta promesa histórica de Dios la concreta diciendo: «Él levantará pastores conforme a su corazón» para guiarnos con conocimiento e inteligencia (Jr 3, 15). La reconstrucción que Dios promete pasa por la conversión de los modos de ejercer el liderazgo a todos los niveles (religioso, social, económico y, muy especialmente, político). En este nuevo momento histórico, necesitamos de una conversión profunda y, especialmente, de un liderazgo creíble que entienda y asuma la vida de sus hermanos, de sus conciudadanos, como tierra sagrada. Requerimos «pastores conforme a su corazón» que entiendan que nuestras niñas, niños y adolescentes tienen derecho al acceso a una educación de calidad, a la salud, a la vivienda digna, a la libertad de conciencia, de organización y al trabajo, entre otros.

Porque no se trata solo de reconstruir, sino sobre todo de reconstruirnos, para habitarnos y reencontrarnos. Por la memoria de tantas

víctimas y para reparar tanto dolor, estamos llamados a nacer de nuevo, del Espíritu.

Pero toda esta promesa de restauración encuentra su cumplimiento pleno, su clave y su centro en las palabras de Jesús que acabamos de proclamar en el Evangelio de Mateo: la explicación de la Parábola del Sembrador. Jesús nos dice que todo pasa por la cualidad del suelo de nuestro corazón ante la palabra de esperanza.

Analicemos este Evangelio de cara a nuestra tragedia nacional:

1. El peligro del camino: El corazón endurecido por la crisis.

Jesús nos habla de la semilla que cae junto al camino, donde vienen las aves y la comen porque el suelo está endurecido (Mt 13, 19). Hermanos, Venezuela viene herida por años de crisis acumuladas, y este doble sismo de magnitudes 7.2 y 7.5 ha sido un golpe devastador. El gran peligro espiritual que corremos hoy es que el dolor, la frustración y el luto endurezcan nuestro corazón como el suelo de un camino pisoteado. Cuando el corazón se endurece por la amargura, la esperanza no puede echar raíces. Por eso, hoy le clamamos al Buen Pastor: «Sana nuestro dolor, ablanda nuestra tierra, no dejes que la desesperación nos robe la fe».

2. El peligro del terreno pedregoso: La emoción sin raíz.

Luego, Jesús menciona el terreno pedregoso: aquel que recibe la palabra con alegría, pero, al no tener raíz, se marchita en cuanto llega la tribulación o la persecución (Mt 13, 20-21). ¡Qué advertencia tan actual! Hoy, a un mes de la tragedia, la conmoción sigue viva, la ayuda internacional está presente y la solidaridad nos desborda. Pero la reconstrucción de las vidas rotas de Yaracuy, Falcón, Carabobo, La

Guaira, Caracas, Miranda y de todo el país no será cuestión de unos meses.

Cuando las cámaras se apaguen y la ayuda inmediata disminuya, necesitaremos raíces profundas. Los familiares de las víctimas y los damnificados en los refugios necesitarán nuestro acompañamiento constante. Nuestra fe y nuestra solidaridad no pueden ser una emoción pasajera sobre piedras; tienen que echar raíces profundas en la constancia y el compromiso a largo plazo.

Para ello, necesitamos planes personales y colectivos a corto, mediano y largo plazo. Tenemos que aprender a encauzar nuestras energías para no abandonar el camino integral de la reconstrucción.

3. El peligro de los espinos: Las urgencias que ahogan la vida.

Ante tanto daño, y guiados por el deseo y el impulso de hacer el bien, es fácil dispersarnos, hacer muchas cosas sin dirección y terminar ahogados. San Ignacio nos recomienda «poner modo y orden», focalizar los esfuerzos y discernir «el impulso del amor» y «el impulso del bien», de modo que, al ordenar nuestras acciones, estas sean fecundas a favor de la vida y de la convivencia justa y fraterna. Los pequeños logros, orientados hacia el gran horizonte que anhelamos, son fundamentales para que no se ahogue la semilla de la esperanza.

4. La buena tierra: El corazón que escucha, comprende y da fruto.

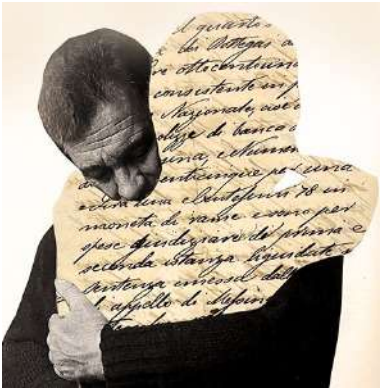
Llegamos así al mensaje central y a la gran promesa del Evangelio: «El que fue sembrado en tierra buena es el que oye la palabra y la comprende, y fructifica» (Mt 13, 23). Queridos hermanos, ¿dónde está la tierra buena en Venezuela hoy? La buena tierra son ustedes. Son los familiares de las víctimas que, en medio de las lágrimas, sostienen la

fe de sus hogares. La buena tierra son todas aquellas personas, instituciones y misiones aliadas que, coordinando esfuerzos con inteligencia y conocimiento —como pedía Jeremías—, se han convertido en los pastores según el corazón de Dios que cuidan la vida.

Y, sobre todo, la buena tierra es seguir trabajando para que la verdad, la belleza y el bien se conviertan en las rutas para reconstruir y reconstruirnos como país. Que, en Venezuela, a ejemplo de Japón y Chile, logremos aprender a convivir con nuestra geografía y construyamos una cultura sísmica, donde estos fenómenos naturales no se transformen en tragedias humanitarias.

Con la Parábola del Sembrador, Jesús nos muestra que el templo de Dios es el corazón humano que se hace «tierra buena» y, al mismo tiempo, nos enseña a convivir en armonía con nuestra tierra.

Amén.



ENTONCES, ¿Qué hacemos?

¿Qué hacemos con los pies de barro,
con los sueños rotos,
con las noches de vigilia
y con las puertas cerradas?

¿Qué hacemos con la fe asediada,
con el amor negado,
los golpes injustos
y el desaliento?

¿Qué hacemos con la pobreza,
con el fracaso, con el hambre,
con la guerra,
con la tristeza
que acampa a sus anchas
por tantas vidas?

No rendir la esperanza
ni blindarnos contra la tormenta.
no renunciar a los sueños.
seguir buscando la llave
que abra la vida,
que libere la alegría,
que desencadene
la paz,
la abundancia,
la justicia.

Y seguir confiando,
que con nuestro barro
haces tú milagros.

J.M.R.O.



«El que tiene a Dios en su corazón, desborda de alegría. La tristeza, el abatimiento, conducen a la pereza, al desgano»

Santa Madre Teresa de Calcuta

Muchos países celebran el Día del Niño en este mes, destacando con ello la virtud que va de la mano de ese corazón sano e inocente, como es la alegría.? Esta actitud permanente de regocijo, júbilo, gozo y satisfacción, que rompe las barreras del pesimismo, la tristeza, la desesperación y el desconsuelo y que, además, facilita muchas acciones en nuestra vida.

Hablar de alegría es contagiarse de positivismo, de un gran sentido de gusto por emprender nuevas tareas, de iniciar un trayecto y tener la esperanza de que cada día será mejor; de que a pesar de las diferentes circunstancias que se presentan en la cotidianidad, todo va a pasar y al final del camino estará esa luz radiante que nos hará sentir que valió la pena la lucha, la espera, el afán por ser mejores.

Cada despertar requiere de nosotros un agradecimiento infinito a nuestro Creador y una de las actitudes para ser agradecidos es vivir con esperanza, lo que significa tener confianza en lo que recibiremos por ser personas de bien, que actúan con entereza, con fortaleza y, ante todo, con magnanimidad. La grandeza del alma está en enfocar toda nuestra disposición y esfuerzos por hacer siempre lo mejor en cada una de nuestras obras, trascendiendo para hacer el bien, cara a Dios.

Y es que el hacer bien nuestras tareas, deberes, responsabilidades y compromisos, trae como consecuencia el vivir la alegría, intrínseca, exclusiva de quien lo hace, porque trae satisfacción íntima, personal, que rebosa y se transmite a los demás. ¿Como lo mencionaba San Josemaría Escrivá de Balaguer en su libro Surco? *"la alegría de un hombre de Dios, de una mujer de Dios, ha de ser desbordante: serena, contagiosa, con gancho…; en pocas palabras, ha de ser tan sobrenatural, tan pegadiza y tan natural, que arrastre a otros por los caminos cristianos"*.

Por eso, cada cual debe descubrir qué le da más satisfacción, mirando su quehacer y sus frutos, de manera sobrenatural, es decir, obrar haciendo extensión de lo bueno, para santificarse y poder lograr la plenitud y la perfección en cada acto. Por ejemplo, existen personas que enfocan su profesión en ayudar a los demás, otras orientan su sabiduría y experiencia para enseñar o para dar buenos consejos; muchas, buscan dar una mano amiga desde el trabajo que desempeñan. Pero lo importante siempre será buscar el bienestar de los demás, ser más indispensables en la vida (aunque siempre escuchemos que nadie lo es), porque

ver a los demás crecer, mejorar y alcanzar metas da regocijo, da satisfacción, da mucha alegría

ver a los demás crecer, mejorar y alcanzar metas (y más aún, cuando nosotros los hemos motivado a ello) da regocijo, da satisfacción, da mucha alegría.

El deber cumplido a cabalidad genera también internamente satisfacción a pesar de que muchas veces no seamos reconocidos por los demás. Pero esto nos debe enseñar que nuestras obligaciones se deben cumplir no por el reconocimiento sino por el deber ser.

Cuando somos buenos padres y buenas madres, nuestros hijos no van a estar expresando "mis papás son los mejores" o la mayoría no lo van a agradecer; pero la mejor recompensa de esos padres abnegados será siempre ver crecer a sus hijos y que se conduzcan por el camino del bien. Esa es la verdadera alegría de la cual debemos embargarnos, porque no se debe buscar gloria personal ni triunfos efímeros. Ir más allá significa trascender, extender esa luz de esperanza para el que está abatido, esa fortaleza para el que está derrotado, ese ánimo para el que ha perdido la ilusión de seguir luchando. San Juan Pablo II lo precisó muy bien cuando unió la alegría con el servicio a los demás, *"servir es el camino de la felicidad y de la santidad: nuestra vida se transforma, pues, es una forma de amor hacia Dios y hacia nuestros hermanos"*.

Vivir con alegría es un gran paso para alcanzar la felicidad, pues siendo agradecidos con lo que hemos logrado (sin basarnos sólo en lo material), con lo que hemos construido o formado (familia, amistades, relaciones laborales sanas), con lo que hemos enseñamos y sembrado, mediremos nuestro sentido de humanidad. No estamos solos, estamos rodeados de muchas personas que requieren de nuestra atención y dedicación. Nos tenemos a nosotros mismos, y muchas veces ni nos damos el verdadero valor que nos merecemos. Nos

menospreciamos y así, difícilmente vamos a vivir con alegría y mucho menos, transmitiremos esta virtud tan indispensable a los demás.

Con la alegría disfrutamos de las pequeñas cosas de la vida: de un amanecer, del trinar de los pájaros, de la frescura del agua, de la brisa que acaricia nuestro rostro, de la sonrisa de un niño, y demás circunstancias que por el día a día vamos haciendo a un lado y que se vuelven tan comunes o que muchas veces se vuelven imperceptibles.

Vivian Forero





LA ORACIÓN DEL *P. Alfredo Infante*, SJ EN TIEMPOS DE DOLOR Y RECONSTRUCCIÓN

«Señor, amigo de la vida y Dios de todo consuelo.

Hoy nos acercamos a ti con el corazón herido de luto por el sufrimiento del inocente y por la paz de la tierra que nos vio nacer y nos acogió, la cual aún tiembla en nuestra memoria ante tantas crisis y heridas acumuladas.

Señor, cuando contemplamos nuestro corazón herido, nos sobresaltan muchas preguntas ante tanto daño acumulado. Ahora nos sorprenden estos terremotos de gran escala y enormes daños, las grietas de nuestra tierra y de nuestra casa, metáfora de nuestra vida como sociedad.

Señor, nos acompaña la certeza de fe de que tú no eres el autor de la destrucción, sino que te doléis y sufres con nosotros entre los escombros. Gracias por ser el Dios dador de vida que sostiene al que cae y abraza al que llora. Hoy hacemos nuestro el gemido de tu creación que sufre dolores.

Sino que aprendamos a procesar nuestros duelos, nos levantemos y nos reconstruyamos. Danos sabiduría y resiliencia espiritual para transformar este sufrimiento en el nacimiento de algo nuevo, un auténtico parto donde, como anuncia Pablo, reluzca nuestra condición, nuestra dignidad de hijos tuyos.

Concédenos la fuerza y la valentía para asumir la tarea impostergable de reconstruirnos por dentro como personas y como ciudadanos, y de reconstruir nuestro país sobre cimientos firmes de verdad, justicia y reparación.

Frente a la incertidumbre y al terreno agrietado de nuestra realidad, te pedimos que nos hagas tierra buena y fértil. Que la semilla de tu palabra caiga en nuestros corazones como la lluvia que empapa el suelo y hace brotar la vida, como anunció el profeta Isaías.

Arranca de nosotros los escombros del derrotismo, la arbitrariedad y el abuso de poder que niegan la vida, y los espinos de la indiferencia. Que seamos, Señor, tierra fértil para que tu semilla dé el ciento por uno.

Multiplica, Señor, el milagro social de la solidaridad. Ponemos en tus manos a las familias afectadas, a nuestras familias, a todo el pueblo venezolano, a todos los que tienen responsabilidades importantes en esta hora que vivimos, a los rescatistas y a todo nuestro pueblo.

Que la Virgen de Coromoto camine con nosotros en esta reconstrucción. Enséñanos, en medio de la prueba, a amar y a servir en todo.

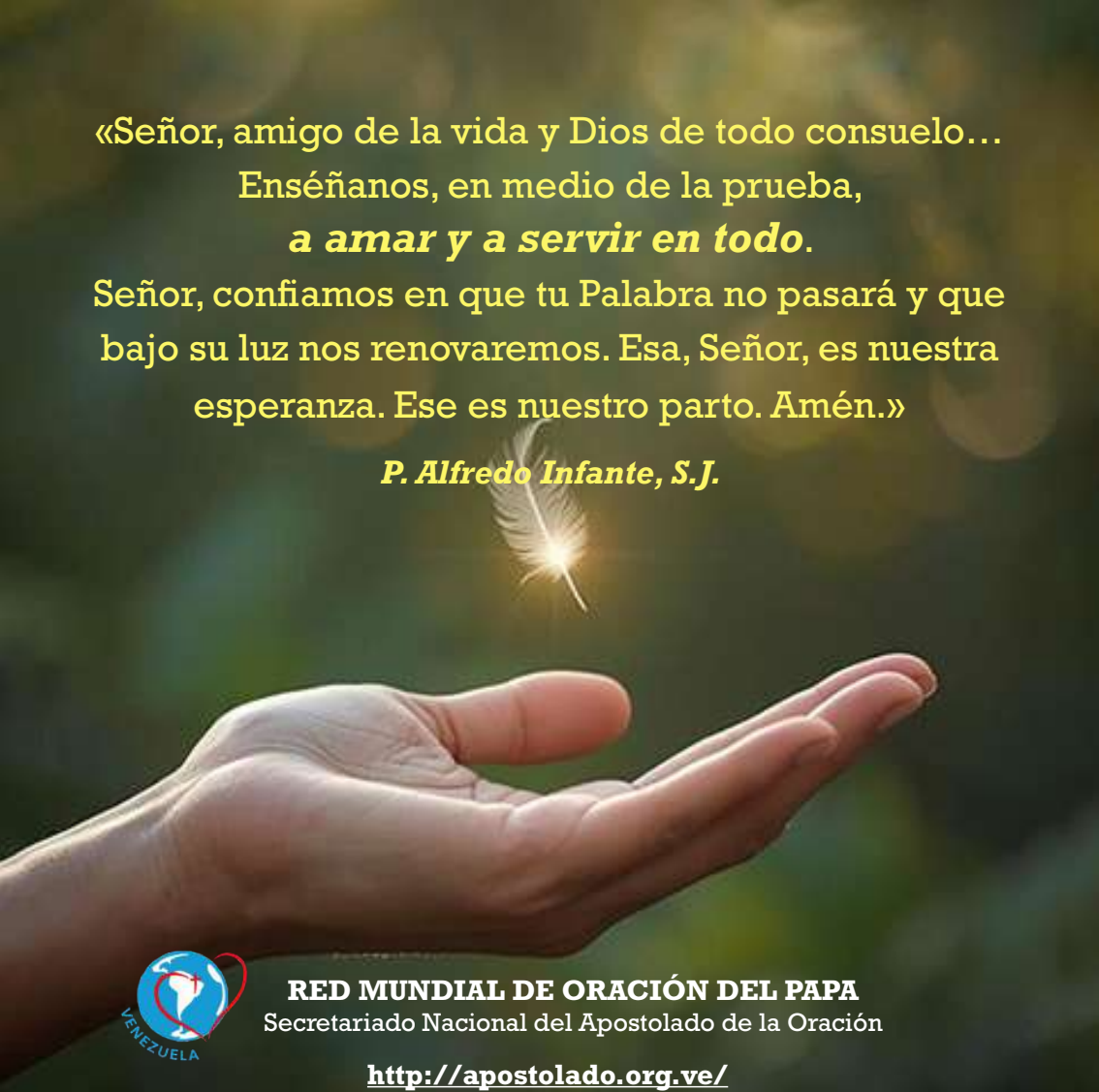
Señor, confiamos en que tu Palabra no pasará y que bajo su luz nos renovaremos. Esa, Señor, es nuestra esperanza. Ese es nuestro parto. Amén.»

Alfredo Infante, S.J

Sacerdote jesuita. Educador. Maestro en Espiritualidad. Experto en DDHH, Derecho Humanitario y Migración.
Actualmente Provincial de la Compañía de Jesús en Venezuela.

«Señor, amigo de la vida y Dios de todo consuelo…
Enséñanos, en medio de la prueba,
a amar y a servir en todo.
Señor, confiamos en que tu Palabra no pasará y que bajo su luz nos renovaremos. Esa, Señor, es nuestra esperanza. Ese es nuestro parto. Amén.»

P. Alfredo Infante, S.J.



RED MUNDIAL DE ORACIÓN DEL PAPA
Secretariado Nacional del Apostolado de la Oración

http://apostolado.org.ve/

@aposvenezuela

@aposvenezuela **apostoladovenezuela**

E-mail: aporlacasta@hotmail.com
Residencia de Jesuitas, Iglesia de San Francisco,
El Silencio, Esq. Pajaritos. Caracas.

Teléfonos
Oficina 0212-832 2024 Residencia 0212-482 2442

Horario de oficina
de lunes a viernes de 9:00 am a 11:30 am

Coordinación: Leida Machado | Diseño gráfico: María Elena Ayala
Director de la Web: Humberto Santos Mijares